

Cuánto me costó la burra

Manuel Uribe A.

En un punto inmediato a las últimas casas de San Benito y a la orilla del río Medellín, había en el año 1699 una habitación pajiza circunscripta por paredes fabricadas de caña-brava, repletas en su parte central por tierra mal amasada y atadas con bejucos de los que abundaban mucho por entonces en los bosques vecinos.

El conjunto de este mezquino edificio estaba sostenido por estacas de madera que aún conservaban algo de su corteza y cuya base se mostraba carcomida por la tierra húmeda en que descansaban.



Croquis de Villa de Nuestra Sra. de la Candelaria de Medellín. Germán Suárez Escudero. Dibujo. 2 de noviembre de 1675. Tomado de Historia elemental del Municipio de Medellín, Bedout, 1968, p.23.

El lugar de las camas pudiera haber sido considerado como alcoba porque estaba separado de otra pieza con abertura sin puerta, en la parte central; pieza que daba a la calle sin más seguridad que una cancilla aforrada en piel de res y fronteriza a otra semejante que permitía el ingreso a un corral de mediana extensión limitado por viejas talanqueras y en el cual crecían algunos árboles de higuereta y medraban malvas, escobillas, verdolagas y no escasas ortigas.

En la época a que vamos refiriéndonos, aquella especie de tabuco miserable se ofrecía un tanto vencido, y hasta hubiera caído en ruinas si Pedro Moncayo, que lo habitaba, no hubiese parado el golpe con algunos puntales metódicamente colocados para sostenerlo.

La segunda pieza de que hemos hecho mención, servía a un mismo tiempo de aposento y de cocina, porque el hogar, fabricado con tres piedras, se hallaba en uno de los rinco-

nes, sin que al humo quedase más recurso que salir en parte con lentitud por las portezuelas, o confinarse en la salita misma o en la alcoba.

Hemos dicho que Pedro Moncayo era el señor y dueño de aquel lastimoso tugurio; pero bueno será que agreguemos algo más a mucho de lo que se conexiona con este sujeto por ser el héroe de nuestro cuento.

Moncayo era descendiente de una de aquellas familias que presidieron la fundación de la Villa de Nuestra Señora de la Candelaria, de Medellín, y que acomodada por entonces en negocio de haberes de fortuna, bien pudo hombrearse con D. Miguel de Aguinaga, el ilustre Gobernador de Antioquia; pero la cual por veleidades propias de la suerte, llegó a menos, en un abrir y cerrar de párpados, por manera que Pedro fue paupérrimo en la acepción propia de la palabra. Agreguemos, para mejor inteligencia, que además de pobrísimo, era sumamente ignorante, si bien por compensación, en sumo grado inteligente, porque estas dos cosas no se excluyen.

La mocedad de Moncayo fue robusta, y tanto, que con su trabajo personal, en calidad de peón, ganaba lo bastante para socorrer con cariño filial a su anciana madre, que desde años atrás yacía postrada de reumatismo crónico, que por herencia tradicional atormentaba a la familia de la pobre señora.

Había también entre la desdichada gente de que tratamos, una negra cocinera muy devota de sus amos porque sus ascendientes habían servido antaño con pronunciada fidelidad, en la casa de los Moncayos. Dicha sirvienta se movía con dificultad porque, por efecto de una antigua caída, se le había dislocado uno de los huesos de la cadera y

porque para no claudicar, el espinazo se le había torcido formando incómoda joroba.

Las tareas de los Moncayo, mientras pudo trabajar, consistieron en levantar vallados para separar las heredades; en ahondar zanjas para desagües; en clavar estacas para dirigir la corriente de las aguas; en desyerbar maizales, y en cuidar gallinas, cerdos, caballos y vacas.

Probablemente por influjo de la herencia, o por causa de las humedades diarias, o acaso por la absorción de miasmas palúdicos, el reuma se apoderó de las articulaciones del trabajador, de tan desgraciada suerte, que la enfermedad que al principio fue en él aguda y febril, se tornó a la postre en dolencia habitual, rebelde a todos los medios curativos que en aquella época ponían en práctica los compadres y las comadres de los contornos: frotaciones de aguardiente alcanforado, zumo de guaco, pócimas de diferentes clases, purgas repetidas, unciones de manteca de iguana, de oso, de león y hasta de caimán –que trajeron de Nare–; nada pudo impedir que los miembros superiores e inferiores de nuestro compatriota se encorvasen, se contrajesen, y que algunos de sus huesos se adhiriesen unos a otros, impidiendo casi en su totalidad los diversos movimientos del cuerpo.

Pedro fue hombre prudente, y como tal, no dejó de acumular ahorros que tomaba del salario que se le pagaba por sus esforzadas labores en tareas campestres; mas como quiera que la enfermedad fuese larga, todas sus economías pasaron por la inflexible hilera de sus necesidades, de tal modo, que pronto se halló en precaria situación.

El trabajo reducido de Atanasia, nombre de la criada, y el espíritu caritativo de los próji-

mos, le favorecieron al principio, pero al correr de poco tiempo, la pobreza llegó a ser clamorosa en aquel desventurado hogar.

Y no podía ser de otra manera, porque el cuadro que se ofrecía a la vista era positivamente aflictivo: una barraca desvencijada; un corral enmalezado; una vieja lisiada; un hombre tullido y una negra coja, eran lo bastante y aun sobraba, para infundir profunda lástima.

Sin embargo, era preciso vivir y para ellos buscar medios de conseguirlo.

En conferencia que tuvieron Moncayo y Atanasia, se convino en que la última quedaría constantemente al servicio de la enferma, mientras que el primero pediría limosna a la buena gente del lugar.

De tal determinación surgió grave dificultad que parecía insuperable, porque arrastrarse todo un día frotando con el cuerpo guijarros, cascajo, tierra, lodo, malezas y otros mil obstáculos de que por entonces estaban colmadas las imperfectas calles de la Villa, era asunto que rayaba en lo imposible o por lo menos en peligro de perecer en la demanda.

Aguzando el ingenio, resolvieron amo y criada echar mano de algunos retazos de cuero viejo que tenían a su alcance.

Con dos telas de ellos, humedecidas y cortadas al tenor de las posaderas del tullido, fabricaron una especie de saco que acolcharon con paja seca, y que cerraron con metódica costura adicionándolo con fajas de piel para atarlas luego a los muslos y cintura del pobre inválido. Colchoncitos pequeños semejantes a rudas manoplas, fueron dispuestos para amortiguar los dolorosos

frotamientos que debían experimentar las manos al apoyarse en tierra para impulsar el cuerpo hacia adelante.

Ataviado con este singular aparato, y constituido en calidad de mendigo, Pedro Moncayo emprendió atrevidamente la profesión de pordiosero.

Los estragos causados por el reumatismo fueron muchos, pero aún quedaban al estropeado personaje algunas partes sólidas y sanas. Y tanto era así que al contemplarle sentado, su busto era arrogante. Tenía cabeza voluminosa cubierta por ensortijadas guedejas de cabello negro; era blanco, de frente ancha, de cejas negras bien pobladas, de espesa barba, de espalda y pechos levantados y de mirada enérgica y atrevida.

Si algún discípulo de Lavater hubiera querido deducir algo desfavorable al carácter moral de Pedro, hubiera llevado un gran chasco, porque debajo de aquellas duras facciones, había un individuo manso como un cordero, inofensivo como una paloma y humilde como acrisolado cristiano.

El mendigo de que venimos tratando, efectuaba sus cotidianas excursiones por las calles de la Villa, y como no es de ahora el que los medellinenses, bajo aparente corteza de gente huraña y descorazonada, hayan sido compasivos, pues mamaron con la leche de su infancia el sentimiento puro de la caridad, acontecía que todas las tardes al volver a su tugurio, Pedro llevaba algunos reales de los que le habían dado las personas que le conocían bien y estimaban sus antecedentes. La suma recogida no era cuantiosa, pero bastaba para satisfacer las reducidas necesidades de un personal tan modesto y acomodaticio. Había algo más: quedaba siempre un saldito a favor del pordiosero, quien obediente a

sus costumbres de economía, lo guardaba cuidadosamente para cualquier ocasión solemne que pudiera salirle al paso.

En tal guisa siguió por algunos años la vida de este nuestro amigo; mas como el ejercicio fuese áspero y el gasto de fuerza física tan considerable, el hombre principió a flaquear un poco y a fatigarse demasiado con tan penosa brega. No obstante, hubo un dilema: continuar luchando o perecer.

En cierta ocasión emprendió Pedro su diaria correría hacia los lados del cementerio viejo, y como al llegar a la margen del riachuelo llamado *Loca*, que por aquella parte corre, no pudiese pasarlo, se colocó a la sombra de un alero que cerca de allí había para reposar un tanto.

En eso estaba el infeliz, cuando acertó a pasar, comiéndose un gajo de plátanos, un leñador, arriero de algunos burros cargados de la respectiva mercancía, y como el tullido tuviese hambre, estiró la mano al campesino y le pidió una limosna por amor de Dios. Este, que por la prueba se vio ser cristiano de buenas entrañas, arrancó un plátano y lo alargó risueño al que le pedía.

El de la leña, encarándose con el mendigo, le dijo:

- Hombre, ¡cómo debes padecer pidiendo limosna de un modo tan arrastrado!
- Mucho padezco, efectivamente, contestó Moncayo, y sufriría menos si U. tuviera la bondad de venderme esa burrita vieja que está parada en frente de nosotros.

En efecto, los burros, que como todo el mundo sabe, no se afanan mucho por andar de prisa, al ver al amo en conversación con el pobre, se detuvieron, formando grupo para merodear, por si acaso, una hoja, una cáscara, el vástago de algún racimo, un

capacho de maíz o cualquier otra cosa que la casualidad les deparase.

La borriquita que llamó la atención de Moncayo, parecía ya muy entrada en años: era rucia de color; los pelos de la frente y de la crin muy abundantes y blancos; pues parece que la calvicie no es achaque de burros y que las canas no son enfermedad de sabios porque cabezas blancas conocemos, que no valen más que las de los asnos.

Después de breve rato de reflexión se estableció entre el leñador y Pedro el diálogo siguiente:

- Amigo, barrunto que U. quiere pedir limosna de caballería.
- Cabal, replicó Moncayo; no gusto de llevar por más tiempo existencia tan arrastrada.
- Tiene U. razón. A mí tampoco me agradan los hombres arrastrados. Pues bien; le vendo la burra.
- ¿Cuánto me pide por ella?
- Ofrézcame U., para ver si me conviene el precio.
- No señor, pida que el animal es suyo.
- Ofrezca señor, que pienso dársela barata.
- Ya lo creo, porque la burra es tan vieja que ya está patizamba.
- Así patizamba y todo, puede servirle para lo que U. la necesita.
- Bien, dijo el tullido, ¿quiere U. tres reales por la burra?

Sea porque el leñador quisiese salir del animalejo, o porque tuviese compasión del pordiosero, convino en cedérsela por el precio ofrecido.

- Convenido, expresó el comprador; pero tengo que poner una condición a U. Y es que me tiene que encimar la albarda, y además la rienda aunque sea de lazo de cabuya.
- U. pide mucho; si agrega U. un real a los tres, asunto concluido.

Se cumplieron las condiciones mencionadas y como la cabalgadura fuese espaciosa para andar, y como la oscuridad de la noche llegase a todo correr, entró Pedro por su casa, no sin gran admiración de Atanasia, quién después de explicaciones recibidas, puso la bestia en el solar y condujo al amo a su lecho para que, jinete a la mañana siguiente, anduviese por calles y plazas implorando la caridad pública.

Serían las siete de la mañana, cuando Pedro, montado en la borrica, emprendió su primera correría por la ciudad para pedir la acostumbrada limosna.

Dos o tres señores que le vieron al paso, no dejaron de sorprenderse algo, por el cambio ocurrido en las costumbres del mendigo, pero pasaron sin hacer comentario porque eran prudentes. No sucedió igual cosa un poco después, porque se halló de manos a boca con tres o cuatro granujas, quienes al verle, soltaron ruidosas carcajadas y siguieron detrás acompañándole hasta la plaza mayor, sitio de feria bastante concurrido, pues ya la población de la Villa había crecido bastante.

La contemplación del pordiosero equipado como andaba, no produjo el primer día en la gente seria sino un sentimiento de curiosidad, pero los pilluelos de Medellín, que fueron, son y serán siempre, diabólica ralea, experimentaban comezón por emprenderla con el desdichado enfermo.

Al día siguiente, el andante caballero, topóse pronto con cuatro o seis muchachuelos que presididos por un mocito algo más crecido que ellos, se colocaron al lado del infeliz, riendo mucho y vociferando no poco. Por fin, depuesta toda reserva, el mayor de la chusma dirigió a Moncayo estas palabras:

—Don Pedro, ¿cuánto le costó la burra?



Ilustración del cuento "Cuánto me costó la burra" de Manuel Uribe Ángel. Publicado en *El Repertorio*, N.º 3, agosto de 1896, p. 75.

La pregunta anterior la fueron repitiendo tanto y tanto, que como por contagio se generalizó hasta causar enfado al señor Moncayo, quien impotente para tomar venganza, se contentaba con dirigir terribles miradas a un lado y otro, acogiéndose a la breve filosofía encerrada en esta estrofito que le había enseñado su señora madre cuando él era niño:

*Tolera disimulado,
Aunque te haga padecer,
Agravio que no ha de ser
Plenamente castigado.*

La persecución que desde los primeros días entablaron los malcriados contra nuestro hombre creció y creció tanto, que a poco era un positivo martirio, y como no podía recurrir a un árbitro que le salvase, guardaba silencio y aparentaba indiferencia que no tenía, pues cólera latente le roía las entrañas.

Cosa muy común es ver en algunas ciudades espectáculos de esa clase que ciertamente no muestran la faz honrosa de la humanidad. Es posible que tal anomalía se deba en los pueblos que están en vía de

formación social, entre otros, a dos motivos que apuntamos enseguida: poca vigilancia por parte de la policía y ningún esmero en la educación de la juventud.

Los idiotas, los locos, los de carácter extravagante y muchos otros infelices, sirven frecuentemente de ocasión para presentar en las calles y en las plazas, escenas de tan repelente salvajez; y si no que los digan en lo pasado *Patablanca, la loca Dolores, la Marota, el ñato Narciso, el sargento varón, Manito, Güerengue, Ceguerita, Píoculeco, Tigre, Bartolilla, Caifás*, y en los actuales *Gertruditas, Cosiaca, el General Vasco, María chucha, Marañas, Justo Pelota, Víctor, Joaquina, La madre del monte, Mi Mater, Señor San José, Costillares, Teja, Perjuicio, Majelipa, Papagallo, Pavitas, Colorete* y otros y otras sin que el respetable público, que asiste a esos extravíos, se apresure a impedirlos. Antes, por el contrario, personajes serios y hasta señoritas de buena cuna, los toleran y aun los aplauden.

Si el lector quiere saber cómo pasan las cosas en una de esas crueles escenas respecto a una pobre víctima de la grosería popular, siga la breve descripción que intercalamos en este desgreñado relato.

El infeliz perseguido ocupa la vanguardia y la turba-multa va en pos de él: éste le llama por su nombre de guerra; aquel, le burla con palabras soeces; este otro, le grita con apodo burlesco; el de acá, le tira inmundicias; el de más allá, le arroja piedras; el de acullá, un sarcasmo; aquél, un silbido por lo bajo; el que va en pos, un chillido agudísimo, y éste, encorvado el dedo índice, le introduce en la boca, sopla como bomba impelente y lanza un ruido agudo, prolongado y estridente como el que produce el silbato de una locomotora de ferrocarril al entrar en la estación o al despedirse de ella para continuar su carrera vertiginosa.

Cierto día dejó nuestro héroe de salir a la calle en las primeras horas; pero a cosa de las cinco de la tarde se hizo colocar sobre su burra y dijo a Atanasia: “Ven conmigo, porque te necesito en la plaza”. La negra le siguió.

Llegado que hubieron a las gradas del atrio de la Iglesia Mayor, el amo ordenó a la doméstica, que le bajase de la cabalgadura y que se volviese con la rucia a su tugurio, pues él tenía necesidad de entrar al templo para visitar los altares.

Lentamente verificó la operación dicha nuestro pobre conciudadano, porque para efectuarla, tuvo que arrastrarse como en otras épocas.

Cuando estuvo cerca del púlpito, se metió entre la base de él y la sombra de un escañón, tan silenciosamente y tan recogido en sí mismo, que ni aun el soplo leve de su respiración podía notarse.

Principiaba a teñir la oración, y los fieles, terminadas sus preces, se retiraron a sus respectivas habitaciones dejando a Pedro en absoluto aislamiento.

Cuando éste escuchó el ruido que hacía la llave movida por el sacristán para cerrar la puerta, se puso en movimiento, tomó la escalerilla y aunque con dificultad, logró ocultarse en la cátedra sagrada, en la cual esperó pacientemente la corrida del tiempo.

Al sonar la primera campanada que pide sufragios para las ánimas benditas, el inválido puso atención para ver la luz de la vela que debía servirse el sacristán para renovar el aceite de la lámpara.

A poco rato sucedió lo que esperaba y al sentir que el empleado de la iglesia descendía por la nave principal, dio vigorosos y acompasados golpes contra la madera del

púlpito. Sorprendido el sacristán al escucharlos, corrió apresuradamente y tiró para la casa del cura, inmediata al templo.

El párroco al informarse de lo ocurrido pensó que era caso de conjuro, pues la cosa no podía provenir sino de alguna alma en pena; mas como para proceder a la operación se ofrecía grave dificultad, porque en la casa cural no había los ornamentos que para tales casos son precisos, un sirviente, segunda edición del Juan sin miedo del cuento, venció el apuro agarrado de un barrote de la ventana de la sacristía que daba al patio de la casa.

Provisto el ministro de sobrepelliz, calderilla, agua bendita, bonete e hisopo, se dirigió al sitio que ya indicamos acompañado por algunos vecinos.

Colocado en frente del púlpito y después de aspergear tanto como pudo, rezando cortas oraciones latinas, dirigió al aparecido en voz clara y sonora, estas palabras: “Hermano, de parte de Dios, Todopoderoso, diga quién es y qué quiere”.

Los circunstantes percibieron al punto un ligero rumor, y en seguida miraron casi aterrados el busto de un hombre que se alzaba en la cátedra sagrada.

“Lo que yo tengo que decir, articuló con ronca voz, no puedo manifestarlo sino a todo el pueblo reunido en este sitio”.

El Párroco ordenó que al instante mismo se tocara a rebato, y tocar y llenarse la iglesia todo fue uno.

El señor cura entonces tornó a decir: “Hermano, todos estamos reunidos, hable”.

“No haré tal, replicó el busto, porque faltan dos personas que deben escuchar mi revelación. Entre las últimas casas de San Benito y

la orilla del río, hay un miserable albergue en donde habitan dos personas que deben ser traídas a este lugar: una anciana inválida y una negra coja”.

Sin pérdida de tiempo, nombraron una comisión compuesta de cuatro fornidos mancebos para que averiguasen la veracidad del hecho, y trajesen las dos personas indicadas, caso de hallarlas.

Con imponderable rapidez ejecutaron los jóvenes lo que se les ordenó, muy admirados del espíritu profético del aparecido.

Cuando la vieja y la negra estuvieron junto al párroco, éste, dirigiéndose a lo que creía alma en pena, exclamó: “Es ya tiempo, hermano, de que se explique”.

El busto, agarrado sólidamente a los bordes de la madera, se irguió y con tono que algo tenía del eco de un ruidoso trueno, dijo: “Señor cura, señor gobernador, señores y señoras: yo soy Pedro Moncayo, el hazmerreír de este pueblo, el burlado, el escarnecido, el maltratado por todos, el interrogado sin tregua por impertinente pregunta, y como no puedo contestarle a cada uno en particular, he resuelto congregarlos a todos para decirles terminantemente que la burra me costó cuatro reales. Con que amigos míos, ya lo saben; no jeringarme más y todo el mundo a su casa”.

Nosotros conocemos mucha gente: abogados, médicos, gobernadores, presidentes, comerciantes, clérigos, agricultores, candidatos, diputados, periodistas, alcaldes y prefectos &., que bien quisieran reunir una corporación de todo linaje humano para decirle de una sola vez cuánto les costó la burra.

Manuel Uribe A. Tomado de *El Repertorio*, N.º 3, agosto de 1896.